

LA CREACIÓN DEL MUSEO DE CIENCIAS NATURALES

Hace muchísimos años, en la Prehistoria, vivía un niño llamado Reio.

Reio, aunque era un niño, era muy consciente de lo que pasaba a su alrededor y, a su vez, de que él y su familia eran los primeros animales con ese aspecto sin pelo, que caminaban erguidos y que eran más inteligentes que los animales que les rodeaban.

Al ser consciente de esta gran verdad, decidió conservar lo que pasaba en la Prehistoria. Empezó haciendo dibujos en las paredes de su cueva, pero se dio cuenta de que iba a ser muy difícil que aquellas pinturas resistieran, así que se le ocurrió una idea mejor: conservar todos los esqueletos de los animales que cazaban y recoger piedras con formas de espiral (aunque él no lo sabía, eran fósiles de trilobites).

Cuando la cueva en la que él vivía se le quedó pequeña, alojó todos sus pequeños tesoros en una cueva sólo para ellos.

Tiempo después, dejó a sus hijos a cargo de su pequeño museo y les hizo prometer que lo cuidarían y que pasaría de generación en generación para que la gente del futuro lo pudiera admirar.

Y así fue. El museo de la familia continuó pasando a sus descendientes y su colección de tesoros aumentó. También tuvieron que cambiar la instalación con el paso de los años.

En el año 1771, uno de los descendientes de Reio, vio que su museo merecía ser admirado y decidió contarle al rey Carlos III la historia del museo que tenía por herencia de su familia.

Al rey Carlos III le gustó la idea de tener un museo de ciencias naturales y por eso ayudó al joven a mantener el museo y a proporcionarle más piezas para su colección.

Fue así como se creó el Real Gabinete de Historia Natural.

Poco tiempo después, Carlos III se dio cuenta de que no podía decir a la población que ese museo tenía más de 27.000 años, así que le encomendó la dura tarea a su ayudante Noelia que, aunque era una niña de doce años, era muy lista. Ella decidió que la mejor manera de ocultarlo era comprando más piezas y decir que el museo debía gran parte de su colección a Pedro

Franco Dávila, al cual compraron también muchas piezas del museo para no levantar sospechas.